

LOS TOROS,
ENTRE LA REVERENCIA Y LA ANSIEDAD

JEAN JUAN PALETTE CAZAJÚS

LOS TOROS, ENTRE LA REVERENCIA Y LA ANSIEDAD

Un singular acceso a la anomalía humana

PRÓLOGO
Carlos Martínez Shaw



eus EDITORIAL
UNIVERSIDAD DE SEVILLA



FUNDACIÓN REAL MAESTRANZA DE CABALLERÍA DE SEVILLA
EDITORIAL UNIVERSIDAD DE SEVILLA
FUNDACIÓN DE ESTUDIOS TAURINOS

2025

Colección Tauromaquias
Número: 27

Director de la colección: Rogelio Reyes Cano
Diseño y coordinación editorial: Victoria O'Kean Alonso

Nuestro agradecimiento especial a:
Todas las instituciones públicas y privadas que amablemente han facilitado la gestión de permisos y reproducciones de imágenes.

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito de la Editorial Universidad de Sevilla y de la Fundación Real Maestranza de Caballería de Sevilla.

Edición financiada dentro del convenio entre la Fundación Real Maestranza de Caballería de Sevilla, Fundación de Estudios Taurinos y la Editorial Universidad de Sevilla.

© FUNDACIÓN REAL MAESTRANZA DE CABALLERÍA DE SEVILLA 2025

© FUNDACIÓN DE ESTUDIOS TAURINOS 2025

© EDITORIAL UNIVERSIDAD DE SEVILLA 2025

Porvenir, 25 - 41013 Sevilla
Tfnos.: 954 487 447; 954 487 451
Correo electrónico: info-eus@us.es
Web: <https://editorial.us.es>

© De los textos:

Jean Juan Palette Cazajús
Carlos Martínez Shaw 2025

© De las imágenes:

Arte Ederren Bilboko Museoa - Museo de Bellas Artes de Bilbao. The Hispanic Society Museum&Library, N.Y., en depósito en el Museo de Bellas Artes de Bilbao desde 2007
Archivo Fotográfico Museo Nacional del Prado
Biblioteca Digital de Castilla y León
Biblioteca Digital Hispánica
Biblioteca Nacional de España
Fundación Ortega y Gasset
Juan Pacheco Enciso, Lucien Clergue, Oscar Domínguez, Zuloaga. VEGAP, Sevilla, 2025.
Museo Arqueológico Nacional
Museo Goya. Colección Fundación Ibercaja-Museo Camón Aznar, Zaragoza
Pilar Albarracín
Real Academia Española
Real Academia de la Historia
Sucesión Pablo Picasso. VEGAP, Sevilla, 2025
UMF. Universidad de Salamanca. Fotografías M. Unamuno.

Impreso en España-Printed in Spain

Impreso en papel ecológico

ISBN: 978-84-472-2693-1

Depósito Legal: SE 1821-2025

Maquetación e impresión: Pinelo. artes gráficas. Sevilla

CONSEJO EDITORIAL

FÁTIMA HALCÓN ÁLVAREZ-OSSORIO
PRESIDENTA

ROGELIO REYES CANO
DIRECTOR DE LA COLECCIÓN *TAUROMAQUIAS*

RAFAEL ATIENZA MEDINA
BEATRIZ BORRERO BECA
RICARDO CADENAS VIDAL
DIEGO CARRASCO FERNÁNDEZ
JUAN A. CARRILLO DONAIRE
MANUEL CASTILLO MARTOS
JACOBO CORTINES TORRES
ELENA ESCUREDO BARRADO
ESCARDIEL GONZÁLEZ ESTEVE
ALBERTO GONZÁLEZ TROYANO
CARLOS MARTÍNEZ SHAW
VICTORIA O'KEAN ALONSO
EDUARDO OSBORNE BORES
MARÍA PÉREZ DE LAMA HALCÓN
MANUEL ROMERO LUQUE
PEDRO ROMERO DE SOLÍS
VÍCTOR VÁZQUEZ





ÍNDICE GENERAL

PRESENTACIÓN

<i>Teniente de Hermano Mayor de la Real Maestranza de Caballería.....</i>	13
---	----

PRÓLOGO

Carlos Martínez Shaw.....	17
---------------------------	----

PRIMER TERCIO

ENTRE LA ANSIEDAD Y LA LUCIDEZ.

UNA LARGA TRAVESÍA

EL SACRIFICIO ANIMAL, LA HISTORIA, LAS CULTURAS	31
1. Un canibalismo generalizado	31
2. El desafío ético del jainismo	36
3. Las «víctimas» de la Fiesta	39
4. El caballo de Alcibíades	47
5. El silencio de los mataderos.....	53
6. Matarifes y matadores.....	59
7. Las <i>Boufonías</i> , el sacrificio sin sacrificador.....	63

8. El surgimiento del «Aura»	68
9. Aristóteles, los animales y la Analogía	73
10. Hoplitás y Toreros	78
11. El cuchillo y la espada.....	82
12. La incertidumbre animista y su lección	86
13. Toros, jaguares y guerreros	90
14. El «postanimismo» y la inercia intelectual	94
LOS CAMINOS DE LA RAZÓN.....	99
15. De la gran fractura al animal-máquina.....	99
16. De la razón triunfante a la herida narcísica.....	103
17. El mundo como paradoja y desencantamiento.....	108
18. Emociones, Sentimientos y Razón.....	116
19. ¿Culturas animales?... ¡menos lobos!.....	122
20. El <i>umwelt</i> no es el «mundo»	125
21. Divergencia, antes que convergencia	132
22. Sobre la piedad y la ética	138
23. El camino más «recto» hacia los ruedos	144
24. Grandeza y trampas del lenguaje taurino.....	147
25. La bravura como mito funcional.....	152
LA CARENCIA Y LA LUCIDEZ.....	157
26. Picasso, la coartada del «Arte» y lo sublime	157
27. La muerte degradada.....	163
28. Una humanidad depreciada y despreciada	168
29. Sacrificio taurino e inmanencia de lo sagrado	174
30. La muerte sin sangre ni lágrimas	178
31. La ética del cangrejo ermitaño.....	183
32. El «animalismo» infantil y brutal.....	190
33. «El Hombre es aquello que le falta»	196
34. Posibilidad de la lucidez	202

SEGUNDO TERCIO

SOBRE DOS PRÁCTICAS DE RIESGO

FILOSOFÍA Y TOROS

UNA NUEVA HISTORIA	211
1. Paseílo filosófico	211
2. ¿Cómo lidiar este toro?	216
3. Entre metafísica e inventario.....	222
4. Entre inventario y decadencia	226
5. El planeta de los toros	235
6. Pemán y el espíritu de los tiempos.....	242
LA ERA SIMBÓLICA.....	249
7. Símbolos del sacrificio	249
8. Sacrificio de los símbolos	255
9. Una trinidad muy particular	261
10. En el principio era Michel Leiris	268
11. Un significante permanente, un significado aleatorio	275
12. La tentación de rendirse	280
13. Un paso al frente	286
14. En el fragor de la batalla	291
15. La olvidada verdad de los geómetras.....	296
16. Entre quimeras e incongruencia existencial.....	302
PENSAMOS PORQUE MORIMOS	309
17. Anomalía evolutiva y ruptura ontológica.....	309
18. El único animal que sabe que lo es	315
19. Morir, el «privilegio» de nuestra anomalía.....	323
20. El ser humano, el «primo» y el toro de lidia.....	332
21. El animalismo como patología del animismo	340
22. Los toros, un envite entre artificialistas y naturalistas	348
23. Muerte, necesidad y contingencia.....	356
24. Sobre cómo la geometría conjura el mal.....	364

TERCER TERCIO
SÍSIFO, LA EXISTENCIA, LA TAUROMAQUIA

1. Estado de la situación.....	375
2. <i>In Ictu Oculi</i> (Toros y cultura)	381
3. Anomalías fundamentales	388
4. En el filo de la navaja.....	394
5. La mascota banaliza, el toro sacraliza.....	401

* * *

GLOSARIO BÁSICO.....	411
BIBLIOGRAFÍA GENERAL.....	415
LISTADO DE FIGURAS.....	441





PRESENTACIÓN



e complace presentarles un nuevo título de la *Colección Tauromaquias*, fruto del convenio de colaboración firmado por la Universidad Hispalense, La Fundación de Estudios Taurinos y esta Real Maestranza de Caballería de Sevilla. En concreto, este nuevo número de la Colección, el veintisiete, es obra de Jean Juan Palette Cazajus, bajo el título *Los Toros, entre la reverencia y la ansiedad*.

Este nuevo libro, constituye una honda reflexión intelectual sobre la Tauromaquia, abordada bajo un enfoque antropológico y sociológico, desde la Prehistoria hasta la actualidad. Constituye, por tanto, una visión nada convencional desde la que se ofrece una perspectiva de una gran altura intelectual.

Jean Juan Palette Cazajus, autor de numerosos artículos sobre temáticas varias, generalmente históricas o etnológicas, ha trabajado como docente y traductor; así mismo, es colaborador habitual de la Fundación y de la Revista de Estudios Taurinos.

Los Toros entre la reverencia y la ansiedad cuenta con el documentado prólogo de Carlos Martínez Shaw cuyo texto constituye un magnífico prelude que incita a la lectura de esta obra.

Mi felicitación por este nuevo título de la *Colección Tauromaquias* a la Fundación de Estudios Taurinos, a la Editorial Universidad de Sevilla y, sobre todo, al autor por poner su interés y dedicación en la Tauromaquia parte consustancial de nuestro acervo cultural.

MARCELO MAESTRE LEÓN
*Teniente de Hermano Mayor de la
Real Maestranza de Caballería de Sevilla*



PRÓLOGO



ean Palette Cazajús es un veterano y asiduo colaborador de la Fundación y la Revista de Estudios Taurinos. Discípulo de aquel gran intelectual que fue Claude Lévi-Strauss, ha mostrado siempre sumo interés por aplicar a la realidad la mirada antropológica y, como hispanista vocacional que también es, ha ido desgranando su autorizada opinión sobre los toros y su evolución en multitud de ocasiones, haciendo siempre gala de una rara erudición y profundidad en su acercamiento a la compleja problemática de la tauromaquia. Quienes hemos sido sus fieles lectores hemos tenido oportunidad de enriquecernos mucho con sus enseñanzas.

Hoy nos ofrece la que es quizás su obra más ambiciosa, pues abarca en el tiempo desde la prehistoria hasta nuestros días, mientras se ocupa de multitud de cuestiones referidas a la esencia de la tauromaquia y a los problemas que presenta la fiesta de toros en su situación actual, acechada por múltiples amenazas, como son la competencia de otros espectáculos, la falta de un suficiente relevo generacional, la banalización de las corridas y, sobre todo, la contestación animalista. Sin embargo, no es el suyo un enfoque historicista, sino fundamentalmente antropológico y filosófico, y su tratamiento de las distintas temáticas decididamente sincero y honesto, sin rehuir ni una sola de las batallas, de modo que estoy en condiciones de

afirmar que nunca he leído una reflexión intelectual tan completa y tan detallada como la que aquí se presenta. Estoy seguro de que los lectores se sentirán gratificados al encontrar en el libro un sinnúmero de ideas perfectamente ordenadas para entender el único sentido que para el autor cabe dar a la fiesta si se quiere mantener y engrandecer.

El libro se divide en tres partes bien diferenciadas. La primera es una reflexión sobre el pasado y, sobre todo, el porvenir de los toros, desde una óptica realista que no oculta las razones de los enemigos, pero que está recorrida por el profundo amor a la fiesta sustentado por los argumentos decisivos para su conservación.

Esta reflexión del autor, que hace gala de una asombrosa sabiduría y de una exquisita elegancia, se sostiene sobre la base de la consideración histórica que ha merecido la relación entre el hombre y el animal. Durante mucho tiempo, las sociedades europeas han admitido la existencia de un dualismo sustancial, la separación radical entre el hombre y el animal. Las formulaciones más tajantes han venido dadas por los “monoteísmos históricos”, fundamentalmente por la mitología bíblica (y, su heredera, la mitología cristiana), y paradójicamente por una de las figuras más representativas del pensamiento racionalista, René Descartes, que asignaba solamente al hombre la condición de “res cogitans”, de ente pensante, mientras las demás criaturas se integraban dentro del inmenso universo constituido por la “res extensa”. Este dualismo recibió un rotundo desmentido con la aparición de la teoría de Charles Darwin, que abolía la “gran fractura” entre el hombre y el animal y establecía la continuidad evolutiva en un mundo en el que convivían las especies animales y en el que el hombre representaba una más de las especies susceptibles de evolución, que es uno de los puntos de anclaje de los militantes del animalismo, los cuales no han cesado de proclamar la existencia de una serie de “culturas animales” que acercan a muchas especies de seres vivientes a lo que hasta ahora se juzgaba (y se puede seguir juzgando) cualidad privativa de lo humano. Ahora bien, la teoría darwinista, pese a esta aseveración de la existencia de una cadena cultural continua, admite la especificidad humana, la excepción cognitiva del hombre frente al animal.

Ahí reside la principal justificación de la corrida de toros, definida taxativamente por el autor como “una dilatada escenificación del sacrificio de un ser vivo”. En cambio, se pueden y se deben desechasr toda una serie de argumentos tradicionales, que tienen sólo un valor relativo, como son los de la dimensión ecológica de la ganadería brava, la pervivencia de una economía dependiente de la cultura del toro o el acervo cultural vinculado al fenómeno taurino. Son razones en todo caso subsidiarias, que además carecen de todo peso específico frente a la gran acusación esgrimida por la comunidad animalista, que considera inadmisibile y por tanto condenable sin paliativos la crueldad ejercida contra el toro y su muerte ejecutada tras un doloroso ritual de diez minutos. Incluso toreros prestigiosos, como pueden ser Antonio Ordóñez o Curro Romero, han puesto en cuestión la necesidad de la muerte del animal para salvaguardar la belleza, el arte presente en la lidia de un toro bravo.

El autor pasa revista asimismo a otra de las ideas presentes en la defensa del valor de la corrida de toros: su vinculación con lo trascendente, incluso con lo divino, como puede advertirse paradigmáticamente (aunque no se cite en el libro) en la concepción sostenida por Annie Molinié-Bertrand a partir del significado otorgado a la corrida del Domingo de Resurrección. La corrida admite una interpretación perfectamente laica, como han defendido otros muchos pensadores, pese al ritual de la oración del torero (y de la bella transcripción musical de Joaquín Turina). Así, el autor sentencia: “La percepción de lo sagrado no tiene por qué referirse a divinidad ni trascendencia alguna”. Y más contundentemente aún: “Sólo la rutina y la sumisión intelectual nos han podido llevar a aceptar el secuestro secular de la noción de sagrado por parte de los dogmas religiosos, cuya intransigencia la desfiguró al erigirse en sus custodios exclusivos, mediante los temibles perros guardianes de la prohibición y de la acusación de blasfemia. El monoteísmo hebreo fue así el primero en ‘repatriar’ hacia la figura de un Dios Único toda la sacralidad cósmica”.

Finalmente, el autor culmina este “primer tercío” con una diatriba contra los perjuicios autoinflingidos por el propio mundo de los toros. Aquí prefiero reproducir, aunque sean quizás demasiado extensas para incluirlas en un prólogo, las propias palabras del autor:

«Pero el mundo taurino se basta solo para asestarle mala estocada y peor puntilla a la Tauromaquia. A lo largo y ancho de la geografía taurina, la mediocridad lastimosa de tantas y tantas corridas aparece una y otra vez como un equivalente particularmente perverso y encubierto de su prohibición [la de los toros], mientras se viene expandiendo por los tendidos despoblados el yermo secarral del cemento recalentado. Entretanto, en la querencia de los bares, en sus blogs febriles, en sus folletos rotundos, los aficionados se aferran inflexibles a unos ideales tenazmente desmentidos por la realidad cotidiana de los ruedos, tan mortecina y desvaída como las sombras que se reflejaban en el fondo de la mítica caverna platónica».

La segunda parte (o “segundo tercio”) se abre con unas afirmaciones particularmente severas, que pueden ser consideradas como una prolongación de las acabadas de mencionar y que servían de cierre al capítulo anterior. En la actual literatura taurina “sobran cosas como el casticismo trasnochado, la retórica obesa, las consideraciones polvorientas, lo anecdótico”. En consecuencia, hay que abandonar el ombliguismo, el ensimismamiento y la desconexión de la realidad social que presiden hoy día el microplaneta de los toros. Y hay también que renunciar al apoyo ficticio que hoy se sustancia mediante un “vacío retórico”, un “cartón piedra dialéctico”. El reto que hoy afronta la tauromaquia es lo suficientemente serio como para inventar trincheras nuevas y mejor construidas que permitan articular una respuesta ética y filosófica más directa y más elaborada que dé su sentido profundamente humanista a la fiesta de los toros. Y para reforzar este veredicto (y citando la conocida obra de Eric Hobsbawm y Terence Ranger sobre *La invención de la tradición*) el autor concluye con la misma rotundidad: “Porque en el actual momento de la verdad, que ve el progresivo acorralamiento de las fiestas de toros por grupos de presión cada vez más poderosos y en un contexto ideológico y axiológico de las sociedades cada vez más hostil, produce desazón comprobar cómo el argumentario de muchos de sus defensores se reduce al vetusto y pueril sonajero de la tradición”.

Y ya, seguidamente, se da paso a una interpretación impecable e implacable de las diferentes definiciones dadas a los toros por algunos de los más destacados filósofos y antropólogos que se han

ocupado de forma sustancial de la materia taurina. Aquí nos encontramos con el famoso etnólogo británico Julian Pitt-Rivers, cuya interpretación del significado de la corrida ha tenido (y sigue teniendo) una amplia resonancia, un largo recorrido. Y ello pese a que algunas de sus afirmaciones se nos antojan especialmente inasumibles: la corrida sería la escenificación de una representación de “la modalidad andaluza de relación entre los sexos”. Y seguiría toda otra serie de imágenes también de carácter erótico o sexual difícilmente aceptables, que nos hablan del “intercambio de los sexos” o del “peligro de la sangre menstrual”. Metáforas sin duda originales, pero también herméticas, que nos producen una desasosegante perplejidad cuando tratamos de aplicarlas al concreto desarrollo de las corridas tal como se producen en los ruedos.

Jean Palette Cazajus concede también una gran importancia al texto *De la muerte de un Dios*, obra temprana de Manuel Delgado, hoy ya veterano profesor de la Universidad de Barcelona. Su interpretación de los toros se inserta de lleno en el apartado del universo simbólico y sacrificial, aunque de entrada causa perplejidad que deje fuera de su consideración la corrida propiamente dicha (“drásticamente ninguneada y despreciada”), en favor de los juegos populares con el toro y de las fiestas aldeanas calificadas de “taulolatrías”. Finalmente, la reflexión deriva a la inesperada identificación del Toro con el Cristo, dando así la mano a la connotación religiosa que tantos rechazan (y rechazamos). Empleando las palabras de Jean Palette-Cazajus: “La tesis sorprendente de Delgado es que, una vez consumado el sacrificio del Toro-Cristo, la única figura que finalmente sobrevive y se impone es la de la diosa madre y con ella una religión de las mujeres. El binomio masculino Toro-Cristo queda neutralizado de alguna manera y se convierte entonces en el soporte pasivo de una todavía más sorprendente trinidad coronada por la diosa-madre”. El empleo por dos veces del calificativo “sorprendente” nos parece muy apropiado aplicado a esta muy singular forma de ver las cosas.

Naturalmente no podía faltar el texto fundacional del etnógrafo Michel Leiris, publicado en francés en 1938 y aparecido en edición española en 1995. En su obra se encuentra el origen de todas las teorías “rituales, sacrificiales y simbólicas”, así como de las basadas

en el dimorfismo sexual que ya se comentaron al analizar la obra de Julian Pitt-Rivers. Aquí se insiste en la dualidad entre el principio masculino encarnado por el sacrificador (el matador) y el principio femenino representado por la víctima (el toro). Ahora bien, por sobre esta tesis, interesa al autor la asimetría fundamental que Michel Leiris establece entre lo animal y lo humano, ya que ello viene a fortalecer la concepción central de su libro.

A continuación comparecen otros pensadores más próximos a nosotros en el tiempo. Primero, el etnólogo Frédéric Saumade, que insiste en la existencia de las varias “tauromaquias europeas”, difuminando así la singularidad de la corrida española, lo que conviene a su cuestionamiento de la muerte del toro en el ruedo, que considera “una rutina obsoleta y prescindible”, como ya habían insinuado los toreros que se mencionaron más arriba, todo ello en contra de la opinión del autor. En cambio, Jean Palette-Cazajus aplaude en el filósofo Víctor Gómez Pin la valentía de enfocar su reflexión sobre la vida del toro como tema axial, así como su concepción de “la singularidad transgresiva de la corrida de toros y su familiaridad con la muerte”. Por su parte, el filósofo Francis Wolff reafirma la legitimidad de la muerte del toro en la plaza, del mismo modo que acepta el múltiple significado de la corrida (ritual, sacrificial, ética y estética), aunque el autor (y nosotros con él) considera altamente discutible la tesis del pensador francés sobre la “toreidad” del animal, con el corolario de que el toro consienta en su fatal destino. Siguen otros escritores, a los que el autor consagra unas riquísimas consideraciones críticas, en las que no podemos insistir pero que sí invitamos a leer con detenimiento. Y vienen después otros capítulos, quizás los más ambiciosos del libro, donde el autor desarrolla la postura filosófica más susceptible, en su opinión, de definir la singularidad humana y, a partir de ella, de sostener la legitimidad de la fiesta de los toros. Capítulos con títulos programáticos, tales como “Anomalía evolutiva y ruptura ontológica”, “El único animal que sabe que lo es” o “Morir, el privilegio de nuestra anomalía”.

El último tercio, más breve que los anteriores, quizás porque lo fundamental ya se ha dicho y argumentado profusamente, insiste en las dos ideas claves del combate contra el animalismo y contra la

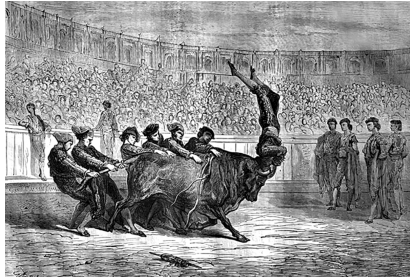
trivialización de la corrida de toros. Y así, puede obsequiarnos con un extenso párrafo final que viene a resumir su concepción de la tauromaquia y sobre el que vale la pena meditar largamente.

Y así acaba este libro extraordinario, centrado en las cuestiones esenciales de la tauromaquia en el momento actual, amparado por una reflexión inteligente y original y cimentado en un arsenal documental cuyo dominio se comprueba a medida que repasamos las páginas del texto o su amplísima bibliografía. Un libro valiente que desdeña sin reparo aquellos argumentos a favor de la lidia muchas veces citados pero que ya no son eficaces cuando se han de enfrentar con las tesis defendidas por el animalismo, que pende como espada de Damocles sobre la fiesta de los toros. Un libro conceptualmente exigente pero que por eso mismo nos recompensa largamente del esfuerzo intelectual de su lectura. *À tout lire.*

CARLOS MARTÍNEZ SHAW
Fundación de Estudios Taurinos



A la Memoria de Claude Lévi-Strauss
(28.11.1908-30.10.2009),
con añoranza, admiración y agradecimiento.



PRIMER TERCIO

ENTRE LA ANSIEDAD Y LA LUCIDEZ.

UNA LARGA TRAVESÍA

EL SACRIFICIO ANIMAL, LA HISTORIA, LAS CULTURAS



1. UN CANIBALISMO GENERALIZADO



reemos que Claude Lévi-Strauss jamás escribió en su vida nada que tuviera referencia, de cerca o de lejos, con los Toros y su problemática. Pero estamos seguros, tal fue la exigente claridad de sus planteamientos epistemológicos¹, de que, aplicada a los densos espacios simbólicos de la corrida, a la crudeza de su andadura entre lo sórdido y lo sublime, su incansable perspicacia conceptual habría conseguido franquearnos inesperadas vías de acceso a la inteligencia de un fenómeno excepcional e inclasificable. Nos habría brindado igualmente alguna posibilidad de regenerar una polémica empantanada desde siempre en una estéril guerra de trincheras. No cabe duda de que sus opiniones habrían descontentado profundamente a tirios y troyanos, a todos aquellos que prefieren las quimeras y el bálsamo de las afirmaciones contundentes a la dolorosa quemazón que nos infligen siempre las cuestiones morales intrincadas. En el otoño de una larga vida concluida el 30 de octubre de 2009, el añorado maestro seguía regalándonos artículos excepcionales, como aquel que se titulaba «*La lección de sabiduría de las vacas locas*», publicado en 1996². Más allá

1 *Epistemológico*: perteneciente a la epistemología. Relativo a las circunstancias y métodos que permiten la obtención del conocimiento.

2 Lévi-Strauss (1996).

de la casual temática vacuna, que no taurina, del título y por extraño que pueda resultar, aquel fascinante trabajo sobre las implicaciones antropológicas de la enfermedad de Kreutzfeld-Jacob puede constituir asimismo un excelente punto de partida para tantear, desde un propósito de coherencia y lucidez, el escarpado dilema ético de las corridas de toros.

El recuerdo de la encefalopatía espongiforme bovina, (EEB), familiarmente conocida como «enfermedad de las vacas locas», causante en los humanos de la enfermedad de Kreutzfeldt-Jacob, de tipo degenerativo y pronóstico mortal, sigue hoy latente si bien su recuerdo tiende a esfumarse en las memorias tras el pico de la crisis ganadera que llegó a provocar durante los últimos años noventa. Pero sigue resultando difícil olvidar las truculentas imágenes televisivas que se sucedieron durante meses y nos ofrecieron, hasta la náusea, el espectáculo, económicamente escandaloso, visualmente insostenible y filosóficamente absurdo del sacrificio masivo de millones de reses bovinas (dos millones solamente en el Reino Unido). En su artículo Lévi-Strauss nos recordaba que la enfermedad de las vacas locas, causada por un «prion», un tipo de proteína infecciosa que produce graves alteraciones neurodegenerativas, tuvo su origen en un modo de alimentación del ganado basado en harinas de origen bovino y otros componentes animales. Es decir que, de alguna forma, habíamos obligado al ganado a “canibalizarse” hasta llegar a consumir a sus propios congéneres. Por aquellos años, algunos médicos y antropólogos tuvieron a bien recordarnos que una de las primeras identificaciones históricas de la enfermedad de Creutzfeldt-Jakob se había producido alrededor de 1900 cuando se la pudo relacionar con otra enfermedad mortal llamada *kuru* que hacía estragos en una tribu de Nueva Guinea, los “Fore”, cuyos miembros acostumbraban a consumir el cerebro de los familiares muertos. Canibalismo humano, por un lado, inimaginable canibalismo de los herbívoros, inducido por el hombre, por otro. Ambos reunidos, a pesar de su aparente falta de conexión, por el recuerdo de aquella sospecha, decía Lévi-Strauss, que habita numerosos pueblos entre los llamados «animistas» y según la cual todo consumo de carne animal puede ser considerado también como una forma de canibalismo

puesto que, afirman aquellas culturas, «creemos comer seres ajenos y en realidad nos comemos a nosotros mismos».

La enfermedad de las vacas locas modificó profundamente la perspectiva con que los occidentales abordaban su relación con los animales de consumo, también llamados de renta y, más allá, con los animales en general. Mejor dicho, dio lugar a que, por primera vez



Fig. nº 1. Claude Lévi-Strauss. Foto de Anita Arbus.
Col. particular.

en la era del desarrollo y de la sociedad de consumo apareciera una perspectiva distanciada, una toma general de conciencia frente a una situación hasta entonces exclusivamente regida por objetivadas relaciones de producción y consumo. Y así, en el artículo de Lévi-Strauss, la enfermedad de las vacas locas se mostraba como una oportunidad inesperada para que el gran etnólogo pudiera recordarnos que, en

nuestras sociedades posindustriales, lo mismo que en las más “primitivas” o alejadas de nosotros, las modalidades de la relación con los animales aparecen como un revelador inexcusable y esencial de los valores, metas y comportamientos que definen las comunidades humanas. Como tendremos varias ocasiones de irlo explicitando más detenida y extensamente, la modernidad occidental poscartesiana se ha venido situando en las antípodas de aquellas sociedades,



Fig. nº 2. «...a expensas de su propia esperanza de supervivencia». ¡Gravísima cogida de José Tomás!, México, Aguas Calientes, 24 de octubre de 2010.

esencialmente las ya citadas “animistas”, hoy en vía progresiva de desaparición o de aculturación, que mantienen con los animales relaciones basadas en un sentimiento de continuidad y en la noción de parentesco. Las consecuencias, conflictivas y a veces trágicas, que semejante tipo de proximidad ocasiona con frecuencia en aquel tipo de culturas nos ayudarán a comprender mejor los fundamentos y las ambigüedades de nuestra extraña relación con el toro de lidia.

Muchos recordarán las insostenibles imágenes de televisión en las que aparecían decenas de excavadoras abriendo inmensas fosas donde se hacinaban cientos y cientos de cadáveres animales, de donde sobresalía la maraña de miles de yertas patas y pezuñas sepultadas en cal viva. El carácter masivo de semejante hecatombe, la confusión entre lo que habían sido miles de vidas animales y su repentina reducción a un inmenso vertedero orgánico, la posibilidad, patéticamente brindada, de visualizar de repente la realidad concreta de un despilfarro que muchos venían denunciando, pusieron en entredicho, no solo ideológica, sino físicamente, un sistema de producción y de consumo autista, radicalmente separado de la experiencia cotidiana de los hombres. Muchos europeos fueron así llevados a recobrar oscuramente, siquiera por un momento, una complicidad inconsciente y lejana con aquellos pueblos que consideran, recordaba Lévi-Strauss, que «matar seres vivos para alimentarnos con ellos ha planteado siempre a los humanos, fuesen o no conscientes de ello, un problema filosófico que todas las sociedades han intentado resolver», una de cuyas consecuencias capitales es que «la cantidad total de vida presente en cada momento en el universo debe siempre permanecer equilibrada. El cazador o el pescador, cuando arrebatan una fracción de aquella vida, deberán devolverla a expensas de su propia esperanza de supervivencia»³. Las palabras del eminente etnólogo y particularmente esta última cita pueden convertirse en una evocación, plausible y particularmente digna, del espíritu que aliena en la corrida de toros. Esta enfrenta a dos seres vivos a través de una relación inaudita, corta e intensa, pero sobre todo individualizada, es decir en contradicción absoluta con el carácter masivo, absurdo y angustioso, de aquellas desastrosas hecatombes. Una relación además sometida al cumplimiento del imperativo ético evocado por Lévi-Strauss: la única legitimidad para la actuación del «matador de toros» se basa en la obligación implícita de que esta se realice efectivamente «a expensas de su propia esperanza de supervivencia».

3 Lévi-Strauss (1996).

2. EL DESAFÍO ÉTICO DEL JAINISMO

Trataremos de sugerir que nuestras culturas occidentales, básicamente las de la escritura y del documento histórico, si bien han sido en este campo menos explícitas que las culturas animistas de expresión oral, han estado también en todo momento atravesadas por el cardinal problema enunciado por Claude Lévi-Strauss y ello de una forma tan espontánea y natural que terminamos perdiendo de vista el sentido de algunas de nuestras prácticas más habituales. Y así hemos dejado de preguntarnos el porqué de la solicitud que nos lleva a rodear a nuestros niños pequeños «con simulacros animales, de peluche o plástico» como si quisiéramos mantener en ellos el recuerdo de los tiempos míticos «en que hombres y animales no eran realmente distintos unos de otros y podían comunicar», como si quisiéramos sugerirles que nosotros también «seguimos siendo confusamente conscientes de esta solidaridad originaria entre todas las formas de vida [...] y que nada nos parece más urgente que imprimir el sentimiento de esta continuidad en el espíritu de nuestros pequeños»⁴. Tendremos ocasión de comprobar hasta qué punto tanto el vocabulario de los aficionados a los toros como los argumentos exhibidos en contra de la tauromaquia siguen, en ambos casos, paradójicamente empapados por «el sentimiento de esta continuidad». Por ello, antes de seguir adelante, convendrá que nos detengamos un instante para describir una singularidad cultural y ética que contribuirá a esclarecer, por su carácter de absoluto contraste, el itinerario y los envites de nuestra difícil caminata. Si bien es cierto que ninguna cultura ha sacrificado jamás animales por puro gusto, si bien es cierto que la casi totalidad también ha contemplado naturalmente la necesidad de hacerlo, no debemos olvidar la existencia de algunos sistemas culturales y éticos basados en la tajante prohibición de la muerte animal.

Consideraremos dos casos, ambos ejemplares, por más que en modo diverso. En la India, la básica oposición entre pureza e impureza jerarquizaba, ética y socialmente, la sociedad de castas y la

4 *Op. cit.*

cúspide social brahmánica era vegetariana y escrupulosa con la vida de los animales. En cambio, quienes los sacrificaban, consumían o aprovechaban su carne y recursos eran tratados literalmente como «intocables»⁵. Como si de una compensación estructural se tratara, toda una categoría humana quedaba así reducida al papel de la animalidad peor considerada. No necesitábamos este ejemplo para convencernos de que la benevolencia hacia los animales no confiere a nadie una patente de ética y de fraternidad humana. En realidad, tenemos aquí el mejor ejemplo de una preocupación exclusiva por la rigurosa observancia de las normas y de los preceptos dogmáticos, no ya una *ortodoxia*, sino una rígida *ortopraxis*, donde la exquisitez del trato a los animales sirve para garantizar la continuidad de una estructura social particularmente rígida y carente de toda forma de empatía o de compasión hacia el prójimo, si no pertenece a nuestra propia casta. Hasta tal punto que en la India antigua se castigaba con mayor severidad al que fornicaba con una mujer de casta inferior que a quien lo hacía con un animal.

Tropezaremos ahora con el verdadero «hueso» ético y lo encontraremos en la misma área cultural con el sistema de creencias llamado jainismo⁶. Su lema, «*Ahimsa paramo dharma*», torpemente traducible como «la no violencia es la religión, [o la ley], suprema» fue el que fundamentalmente inspiró la ideología de Gandhi. Entre los jainistas, el respeto por la vida animal incluye hasta el más ínfimo de los organismos y la compasión generalizada funda su ética. Al igual que el budismo, el jainismo no es teísta, pero, contrariamente a él, es una religión *atmavadi*, es decir un tipo de creencia que postula la existencia de las almas individuales que son eternas, infinitas, idénticas y residen en todos los seres vivos. Esta infinitud de almas individuales emana del principio espiritual, llamado *jiva* que permanece prisionero, durante la vida biológica de los individuos, del principio material, el *ajiva* o *pugdala*, indefectiblemente vinculado al sufrimiento. El jainismo se apoya sobre un corpus colosal de escrituras que regulan en todo momento la vida del creyente y lo van

5 Dumont (1966).

6 Paniker (2001).

guiando hacia un complejo ciclo de transmigraciones y reencarnaciones de las almas que llevarán las mejores a liberarse del universo del sufrimiento para residir en un empíreo llamado *Siddhashila*. De modo que volvemos a encontrar aquí buena parte del itinerario clásico de las religiones escriturarias: presencia de textos fundacionales, desvalorización del mundo físico, transcendencia, escatología y recompensa (llamada «salvación» en Occidente, «liberación» en Oriente). Si bien con la ausencia capital, en comparación con el cristianismo, de un dios demiúrgico que privilegie al ser humano

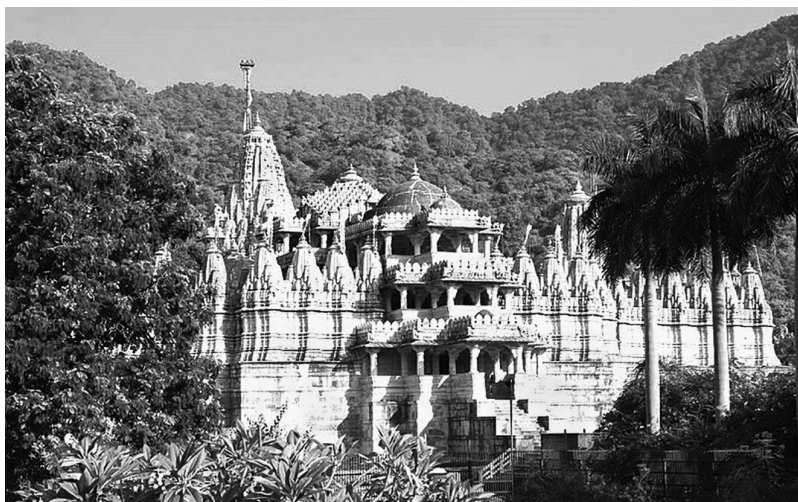


Fig. nº 3. Templo jainista de Ranakpur, India, siglo XV. Foto cedida por el autor.

concediéndole la exclusividad del *logos* racional. El jainismo es, al contrario, tributario de una forma de «pananimismo» generalizado y su relación con el resto de los seres vivos aparece, de alguna manera, como la inversión estructural del humanismo exclusivista y separado del resto del mundo de los seres vivos que caracterizará, como tendremos necesidad de subrayar más adelante, buena parte de la historia del mundo occidental.

En el jainismo, el contexto ético está totalmente predeterminado por el peso dogmático y normativo del Texto fundador que

hace de esta religión la más ascética del mundo. El reducidísimo número de sus seguidores, el 0,4%, tal vez menos, de la población india, parece indicarnos que, dentro del amplio, pero al fin y al cabo finito, catálogo de los sistemas socioculturales existentes, el jainismo tenía reservada la casilla que ejemplificaba un límite extremo de los comportamientos posibles. No cabe extenderse aquí sobre la excepcionalidad del jainismo ni tampoco sobre sus ambigüedades y la compleja naturaleza de su inserción en un mundo cuya inmutable capacidad de violencia parece desmentir todas las ilusiones progresistas. El denso sistema de prescripciones, prohibiciones y dogmas escritos que lo caracterizan, la presencia apremiante, como en el hinduismo, del binomio pureza/impureza, contribuyen a encerrar al creyente en un férreo corsé de obligaciones deónticas⁷, una esfera paradigmática difícilmente asequible si no se comparten los presupuestos fundacionales. Ahora bien, no debemos olvidar en ningún momento que los sistemas religiosos son, ante todo, fenómenos inmanentes y concretos, con prácticas sociales y culturales, así como valores, asequibles a la descripción. Desde esta perspectiva objetivada, las muy exigentes singularidad y escrupulosidad de la ética jainista la constituyen en la referencia y el horizonte extremos de toda reflexión ética sobre nuestra relación con el animal. Saber dónde se situaban las antípodas de las culturas taurinas y de sus valores nos parecía fundamental antes de empezar a caminar por nuestra propia e intrincada geografía.

3. LAS «VÍCTIMAS» DE LA FIESTA

La corrida de toros es, hoy por hoy, el único evento público basado en la dilatada escenificación del sacrificio de un ser vivo. Se trata de un ritual minucioso cuyas secuencias significativas se

7 Deóntico: significa todo lo perteneciente al ámbito de lo normativo, de lo que debe ser. Con la idea de un ineludible compromiso ético. Nos sobrarán las ocasiones de recordar que el toro es una actividad cuyas exigencias son particularmente deónticas.

demoran en ofrecer a la mirada de los asistentes una liturgia cruenta que culminará con la muerte del protagonista. La corrida de toros no es una fiesta trivial, es un espectáculo trágico. Ello en una sociedad que, opuestamente, se caracteriza por sus esfuerzos en desterrar toda posibilidad de tragedia y por una obsesiva ocultación de la muerte; en una sociedad en la que es incontable la cantidad y la variedad de los espectáculos cuya función es la de «distraernos». Distraernos en el sentido de divertirnos, pero también en el otro sentido de la palabra, el de desviar nuestra atención: desviarla de nuestro propio destino, el de nuestra ineluctable finitud. Por el contrario, esta finitud, la corrida de toros nos la recuerda de principio a fin. Es así perfectamente comprensible el rechazo que semejante transgresión llega a provocar en buena parte de la sociedad⁸. Es asombroso e intelectualmente consternador, no dejaremos un solo momento de insistir en ello, que esa evidencia de la dimensión trágica de la «corrida de muerte» haya quedado sepultada por la rutina en las cabezas de buen número de los asistentes habituales.

Preguntémonos qué ocurre hoy si tratamos de ir enumerando la larga serie de los argumentos enarbolados tradicionalmente en defensa de la tauromaquia, ya saben: la dimensión ecológica de la ganadería brava, su papel en la conservación de los ecosistemas de la dehesa, la variada e importante economía humana que depende de la cultura del Toro, el enorme acervo histórico dejado por esta en la literatura, en la pintura, en la música, en todo el amplio campo de las artes visuales y plásticas, en la lengua, evidentemente, así como en las costumbres populares. Por supuesto no nos olvidaremos de las imprescindibles facetas éticas y estéticas. Sigán añadiendo por su propia cuenta todo lo que nos hayamos podido dejar en el tintero. ¿Cómo es posible que todavía haya personas que no se den cuenta

⁸ El portal de estadística *Statista* es considerado particularmente fiable. Según datos de 2023, el 44,1% de la población española mayor de 18 años se declaraba partidaria de la prohibición de las corridas de toros; un 34,7% era favorable a su existencia y un 21,2% ni eran favorables a las corridas, ni lo eran a su prohibición. Según Royuela, 2021, en 2018, el 56% de la población confesaba un nulo interés por los toros, mientras un 5,9% expresaba un interés máximo. Pero de este 5,9%, solo el 40% manifestaba acudir a las plazas de toros.

de que todo aquello se ha vuelto literalmente inaudible? Nada de todo ello tiene ya la menor importancia a los ojos de la sensibilidad actualmente exclusiva, obsesiva, la llamada «animalista». Es más: sus representantes, al menos algunos de ellos, estarán perfectamente dispuestos a admitir la realidad y la importancia de cada una de las aportaciones evocadas. Ninguna tiene el más mínimo peso, ninguna tiene la más mínima incidencia, a la hora de formar su juicio. Definitivamente, lo único que les obsesiona es lo que ellos estiman crueldad con el toro, seguida de su muerte. Este es ya el argumento



Fig. nº 4. Insólita presencia de Miguel de Unamuno en una plaza de toros (Zamora). Archivo Universidad de Salamanca (UMF). Foto Duero.

único, granítico y definitivo. De modo que llegamos a sentir nostalgia de las viejas rabietas antitaurinas de un Miguel de Unamuno, de sus despotriques contra el triste aficionado que, según él, vivía «sumergido en un océano de memez, sin fondo y sin orillas», de sus muy discutibles determinismos agraristas: «Ese pobre campesino andaluz [...] que languidece de hambre [...] junto a los prados en que se pasean los toros de lidia».

Bien es cierto que la muerte del toro en la plaza es todo menos oculta y vergonzante. Al revés, podría calificarse, sin ningún tipo de ánimo provocativo, de particularmente exhibicionista. La bien

llamada «corrida de muerte», desde su formalización durante la segunda mitad del siglo XVIII y principios del XIX, se va instalando en el panorama social español en la misma época en que se va asentando en toda Europa lo que el sociólogo alemán Norbert Elias (1897-1990) llamó, en una señalada obra de 1939, *El Proceso de la Civilización*, el cual apuntaba hacia todo lo contrario, hacia la progresiva desaparición, en el escenario de las relaciones sociales, de cualquier manifestación orgánicamente chocante o emocionalmente violenta. Nadie puede ignorar que la hostilidad hacia las corridas de toros, por sus implicaciones sociales, económicas o por su puesta en riesgo de la vida humana, es muy antigua, tan antigua como la propia tauromaquia. Sin embargo, podemos considerar razonablemente que el tipo de rechazo fundamentado en la compasión por el posible sufrimiento del animal corresponde a una evolución muy reciente de las sensibilidades. Así y todo, varios autores se encargaron de recordarnos que esa actitud, por más que muy minoritaria, ya se podía rastrear en la literatura antitaurina, desde el siglo XVI. De alguna manera, este era el caso de Gabriel Alonso de Herrera, excepcional pionero de la agronomía, en una obra de 1513. En aquella época, faltaban siglos para que se produjera la absoluta separación entre ganado bravo y, digamos, utilitario. La devoción de nuestro autor por las labores rústicas y la prosperidad del campo lo llevaba a anteponer la preservación de la vida del toro a las habituales desgracias humanas:

«Mayormente en nuestra España, matan los toros con un peligroso placer, echándoles lanzas y garrochas como si fuesen malhechores, no teniendo culpa. Y lo que es mayor error, hacerse en honor de santos y en sus fiestas. [...] Allende desto, cuantos peligros, muertes, heridas, disfamias, males y escándalos nacen de aquestos juegos aun los ciegos lo ven»⁹.

Pero en regla general, en aquella prehistoria de la corrida moderna y hasta fechas relativamente recientes, la muerte del toro no

9 Alonso de Herrera (1513), ed. Eloy Terrón (1981), de quien se inspirará, en 1642, Juan Herreros de Almansa. También Torres (2014). Véase nota 28.

solamente no era problemática, sino que resultaba emocionalmente invisible para la mayoría. Percibido como un ente fiero e implacable, encarnación de dimensiones simbólicas asociadas con el mal y el pecado, el animal aparecía como debidamente destinado al castigo. Las peripecias de su muerte, sus incidencias, solo eran el patrón indiferente que revelaba el valor, la habilidad y la efectividad del matador. Si entendemos que la muerte de un ser vivo solo puede estar revestida de gravedad y acompañada por una mínima percepción de su carácter trágico e inapelable, podríamos decir que el toro no moría para nadie en la plaza. A lo largo de la corrida premoderna, la actitud frente a la muerte del toro podría compararse más bien con la que acompañaba el legítimo ajusticiamiento de un criminal y un facineroso.

Desde los prolegómenos de la corrida moderna y hasta la instauración del peto, la única muerte realmente visible, espectacular, desaforada, fue durante mucho tiempo la de los caballos. La que se puede considerar primera reseña taurina de la historia la firmaba «Un curioso» anónimo en el *Diario de Madrid* del 20 de junio de 1793. En realidad, toda ella consistía en un simple parte de incidencias que terminaba con el siguiente balance contable: «Caballos muertos 20; número de varas 179; número de banderillas 134». Si pasamos al florilegio de toros célebres incluido en el clásico *Cossío*, podemos tropezar con el caso de Algareño que mató a 19 caballos y al final, tras ser indultado, todavía tuvo tiempo para despenar a uno de los cabestros que intentaban devolverlo a los chiqueros de la plaza de Jerez de la Frontera. La fecha no se indica, pero el toro pertenecía a la ganadería de Don Diego Hidalgo Barquero, canónigo que fuera de la catedral de Sevilla, de quien sabemos que lidió sus toros entre 1843 y 1850. No sabemos si alguien habrá tenido la laboriosa ocurrencia de establecer estadísticas al respecto, pero cabe pensar que en la época anterior a la imposición del peto debió de morir un promedio de dos a cuatro pencos por cada toro. Como mínimo. La muerte del caballo era, además, particularmente espectacular, sangrienta, mondonguera y nauseosa. Los revisteros solían obviar la cuestión amparándose a menudo detrás de una dudosa jocosidad, y así el cronista de *La Iberia*, el 23 de mayo de 1865:

«Desde el chiquero [el toro] salió al abdomen del jaco más cercano, descargando en él sus iras hasta vaciarlo por completo. El animalito, que se sintió sin tripas, no pudo hacer de ellas corazón, y entregó su espíritu a los monosabios...».

La polémica siempre fue consustancial a la existencia de la corrida de toros y muchos de sus adversarios de la época manifestaban evidentemente su rechazo e indignación ante un matadero «hipo-hemorrágico» que duró más de siglo y medio, y cuyo carácter polémico quedó lógicamente demostrado por la aparición, al final, del

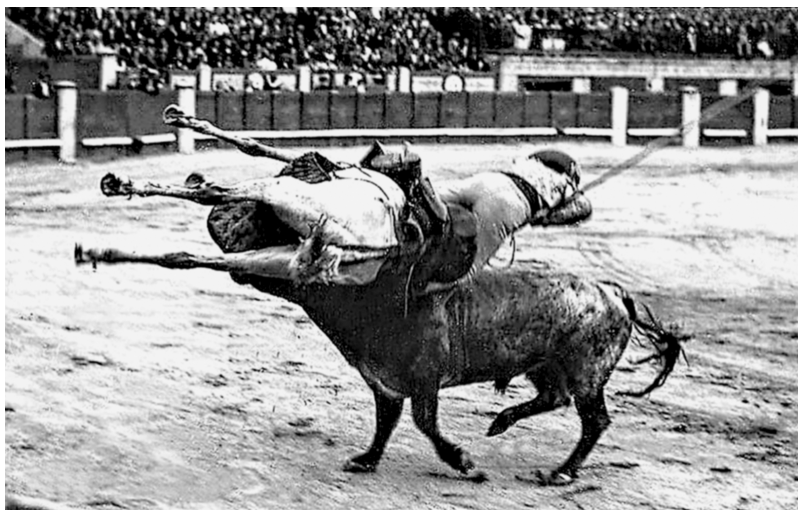


Fig. nº 5. El peto inicial, c. 1930. Archivo Pedro Casado. Foto Baldomero.

peto protector. La decisión fue tácitamente acatada por una mayoría de aficionados. Si bien, al mismo tiempo, se hizo oír la opinión de una fuerte minoría de discrepantes de los que no cabe suponer que fuesen más sádicos y sanguinarios que los partidarios de la introducción del caparazón, pero que mostraban su temor a que se terminase desvirtuando la calidad y el sentido de la suerte de varas. Como así ocurrió, efectivamente. La esperpéntica situación actual de esta fase esencial de la lidia fragiliza la perennidad de la corrida de toros tanto o más que muchas agresiones exteriores. La situación actual aparece

como una de las pruebas más fehacientes de la imposibilidad de alterar el metabolismo de la corrida de toros sin que todo lo que se puede ganar por un lado se pierda inmediatamente por otro. Por otra parte, disponemos de un excelente indicador de la evolución de la sensibilidad moral y social, a lo largo del siglo XIX, a través de los testimonios sobre la presencia de la mujer en las plazas de toros. Pocas eran las que acudían y las que lo hacían, al menos según los criterios de la época, no solían clasificarse entre las más «honradas». Las cosas seguían más o menos igual, todavía a principios del siglo XX, si nos fiamos de lo que contaba Antonio Díaz-Cañabate (1897-1980) al recordar las corridas de su infancia. La importante proporción de la presencia femenina en la actualidad no es solamente reveladora de las radicales mutaciones que transformaron la sociedad y sus valores, sino, al mismo tiempo, de la propia y profunda mutación del espectáculo taurino, engendrada por la introducción del peto y la desaparición definitiva del truculento espectáculo de la muerte equina.

Hoy puede ocurrir algún accidente excepcional, como aquella cornada particularmente hemorrágica, que tuvimos la oportunidad de presenciar hace ya bastantes años, y que acabó con la vida de un caballo de picar en la Plaza de Toros de Las Ventas madrileñas. Recordamos el episodio porque, en aquella ocasión, las reacciones de muchos de los que le rodeaban a uno, asqueadas la mayoría, extrañamente morbosas y ambiguas algunas, nos confirmaron el desastroso efecto de la rutina sobre la percepción física de las corridas de toros. El clásico argumento antitaurino según el cual llegará un tiempo en que la muerte del toro terminará siendo considerada tan insostenible para cualquiera como lo es hoy la muerte del caballo para los propios aficionados, exceptuando alguna mente malsana, para nada debe tomarse a la ligera y se presenta muy hábilmente como imparables. Solo podrá ser rebatido desde una renuncia drástica de los aficionados a toda rutina perceptiva y ética en el ejercicio de su afición, acompañada de un necesario retorno a la «funesta manía de pensar» las cosas, ello desde una exigencia radical. Los patéticos matalones héticos despanzurrados en la plaza llegaban allí al término de una existencia laboral agotadora, pasada al servicio de seres humanos

socialmente desheredados, generalmente iletrados, ellos mismos embrutecidos por el trabajo y la miseria. Previamente, aquellos animales habían resultado maltratados con frecuencia, a veces por obra de un sadismo más o menos inconsciente, más generalmente por la necesidad apremiante de apurar al máximo su contribución a la difícil supervivencia. Una rápida ojeada a la historia social del Siglo XIX basta para comprender que los jamelgos difícilmente iban a suscitar una compasión que no solía despertar siquiera la miserable existencia de los humanos.

Hasta la definitiva mecanización de las actividades humanas, los animales fueron «herramientas» indispensables en todos los sectores de la vida cotidiana. Su función los condenaba a ser considerados como objetos y para la mayoría de sus «usuarios» era poco menos que imposible imaginarlos como «sujetos sufrientes», pidiendo prestado el vocabulario de la jerga animalista actual. El peso de la necesidad se oponía, generalmente, a la emergencia de la empatía. El filoanimalismo moderno, puramente especulativo y emocional, resultaría inimaginable si no se hubiese producido una total desaparición de los animales de la vida económica. La introducción del peto y su proceso progresivo de amurallamiento (la primera versión, en 1928, era más bien minimalista) corrieron estrictamente paralelos, como se sabe, con el auge del automóvil y la mecanización progresiva de la economía y la agricultura. Carretas, carros y coches de punto habían sido las principales fuentes abastecedoras de exhaustos caballos de picar cuyo negro destino no hace sino reflejar el momento más negro de la condición animal en Occidente. No nos arriesgaremos a afirmar qué hubo primero: si una evolución de las sensibilidades o la progresiva escasez de los pencos.

